

¿Es posible construir la política en clave de fraternidad? ¹

Autor

❖ **Jaime Borda Valderrama.** Doctor en Ciencias Sociales. Consultor externo de la VIU.

Correo: jaime.borda@gmail.com

Palabras clave: Educación ciudadana, política, formación política, fraternidad.

Resumen

Hablar de política hoy en día puede resultar incómodo o bien porque genera mucha controversia o bien porque se ha perdido su real significado y el término se asocia normalmente a conceptos negativos como exceso de poder, corrupción o intereses mezquinos cargados de ambiciones netamente personales. En este artículo se quiere poner de relieve el verdadero sentido del ejercicio de la política, esto es: la vocación de servicio y la búsqueda incesante del bien común. ¿Es realmente posible? Por fortuna la respuesta es sí y para ello se dan ejemplos de acciones concretas tales como el movimiento político por la unidad, las escuelas de formación política surgidas en Argentina y la apertura de espacios de discusión que parten de la base de un diálogo fraterno de escucha, de apertura y de búsqueda de consensos. En síntesis, la política, es el arte de servir y de buscar los caminos más adecuados para lograr un mejor vivir para todos los ciudadanos. En este orden de ideas, se exponen ideas como la política del bien común, la fraternidad como categoría política y la ciudadanía activa.

Al hablar de política, prácticamente en cualquier contexto o cultura, se piensa de inmediato en las élites que ostentan el poder y lo usan primordialmente para su propio beneficio. Rara vez, por no decir que nunca, pensamos en que hay personas buenas que, inmersas en el torbellino del

¹ Ponencia presentada en el VII Coloquio internacional "Pedagogía universal, formación ciudadana y transformación digital" el 14 y 15 de mayo del 2021 organizado por la Universidad Santo Tomás Bogotá, D.C.

mundo político contemporáneo trabajan arduamente por hacer las cosas de la manera correcta, o por lo menos de la mejor manera que les es posible, buscando lo que toda acción política debería buscar, esto es: el bien común.

Las buenas ideas están dispersas por muchas partes, y de igual manera las buenas acciones, y no me refiero solo a acciones humanitarias o de solidaridad, sino a las ideas y a las acciones políticas. Para entender esto, es necesario salir de los paradigmas que llevan rigiendo nuestras culturas latinoamericanas desde hace siglos en las que, infortunadamente, el término “política” ha adquirido un significado más bien peyorativo; hablar de política es hablar de corrupción, de poder egocéntrico, de clases sociales privilegiadas, o, como diría Paulo Freire, de opresores y oprimidos. ¿Pero es eso realmente la política?

A esta pregunta, Badiou y Truong (2012), citados por Kohan (2020, 127), responden de la siguiente manera:

La esencia de la política está contenida en la pregunta: “¿De qué son capaces los individuos cuando se reúnen, se organizan, piensan y deciden?”. En el amor, se trata de saber si son capaces, de a dos, de asumir la diferencia volviéndola creadora. En la política, se trata de saber si son capaces, de a muchos, es decir, como masa, de crear igualdad (pp. 55-56).

Pero, lo admito, esta respuesta es incompleta, diría, se queda a medio camino. Ciertamente la política es mucho más que una capacidad colectiva de organizar, pensar y decidir. Aquí cabe preguntarse: ¿para qué organizarse, pensar y decidir? ¿Cómo hacerlo para realmente crear igualdad? La realidad cotidiana nos dice que esta tarea, en la gran mayoría de los países de los cinco continentes, no se ha cumplido en absoluto. En el caso particular de nuestras sociedades latinoamericanas, es un hecho innegable que ellas están muy lejos de alcanzar esa igualdad. De hecho, Colombia, por citar el ejemplo que más nos toca, es uno de los países más desiguales del planeta.

Como lo ha afirmado Cecilia Di Lascio² en una entrevista inédita con el autor de esta ponencia: *la igualdad sigue siendo una utopía. Vivimos en un*

² Filósofa y profesora argentina, especialista en temas de política desde la perspectiva de la unidad y presidenta del MPPU internacional hasta el año 2020.

mundo en el cual las desigualdades se han naturalizado a las dinámicas sociales y económicas que rigen nuestros sistemas de gobierno y de convivencia. En la práctica, la igualdad no es la misma para todos. Son igualdades ficticias y acotadas.

La igualdad, recordemos, es uno de los valores esenciales de la triada nacida en la Revolución Francesa de 1789. Los otros dos, como todos lo sabemos, son la libertad y la fraternidad. Desde esa época hasta nuestros días, la libertad y la igualdad, de alguna manera han encontrado espacios de desarrollo en el ámbito político y, de hecho, como lo señala Antonio María Baggio³ (2007, 134), han inspirado “las constituciones de numerosos Estados”, pero no ha sucedido lo mismo con el concepto de fraternidad que, si bien tiene sus raíces en la forma de vida de las primeras comunidades cristianas, con la Revolución Francesa de 1789 y con la posterior Revolución de 1848 adquiere un nuevo significado, un carácter político, pero – ciertamente– muy poco estructurado. En relación con este argumento, Puyol (2018a, 5) subraya que, desde el nacimiento de la triada revolucionaria “la filosofía política ha dedicado sus mejores esfuerzos a pensar y repensar los dos primeros [principios], pero ha descuidado, incluso ignorado,” el tercero, esto es, “la fraternidad”, no obstante, la importancia y la actualidad que tiene o, al menos, debería tener. Esta idea de que la fraternidad es la hermana olvidada de la triada revolucionaria es un aspecto que resaltan, hoy en día, varios autores además de Baggio (2007) y de Puyol (2018a); por ejemplo, Estrach (2018) y Riba (2018).

Por otra parte, como lo anota Baggio (2007), el tríptico revolucionario nació para marcar un horizonte al que la humanidad entera debía apuntar, pero su impronta, su significado de fondo, se desvaneció casi de inmediato, dejando apenas un eco, casi inaudible, entre todos los pueblos. Pero ese eco no ha dejado de resonar, una y otra vez y, de hecho, a pesar de los años, sigue vigente y, aunque no se diga siempre de manera explícita, hoy más que nunca, ese tríptico es el sueño de muchos pueblos, por no decir que el de todos.

³ Doctor en filosofía de la Pontificia Universidad St. Thomas de Roma, conferencista internacional y profesor del Instituto Universitario Sofía (Italia).

En el contexto actual, infortunadamente, ese sueño parece más bien una utopía. Las desigualdades sociales no han hecho más que crecer con la pandemia: se sigue abusando, de manera irracional, de los recursos naturales; abundan las injusticias individuales y colectivas, al igual que abundan las *fake news*; y como si esto fuera poco, se ha acrecentado la represión ejercida por diversas dictaduras e, incluso, por gobiernos elegidos democráticamente.

No es secreto para nadie que en Colombia se matan líderes sociales todos los días y en el contexto del actual paro nacional hay evidencia de continuas violaciones a los Derechos Humanos por parte de la Fuerza Pública. Y, además, hay quienes aprovechando el caos intentan pescar en río revuelto, dañan los bienes públicos, queman policías y crean aún más violencia. El panorama, a primera vista no podría ser más desolador.

No obstante, existen otras miradas sobre la política y sobre el mundo que, poco a poco se van abriendo paso. Son ideas y acciones que no salen en los diarios, ni en la televisión, pero al menos ya se ven en la web, y de manera un poco más evidente en las actuales redes sociales, que son ya parte natural y casi ineludible de nuestra realidad. Es importante subrayar, aunque parezca obvio, que el camino para estas nuevas ideas está lleno de obstáculos y de rechazos, pero no por ello dejan de sonar en diversos espacios y contextos.

Ante la oscura realidad que nos circunda, no puedo dejar de preguntarme si hay alguna salida a tantos problemas que afrontamos como humanidad. La crisis económica, política y social que vivimos actualmente en Colombia no hace más que agrandar este interrogante. Desde mi punto de vista, un primer paso para encontrar la solución o, mejor dicho, las soluciones, es cambiar el paradigma de lo que realmente significa ejercer la política. Bueno, no es el único paradigma que necesitamos cambiar, pero quizá sea el primero y el más necesario y urgente por cambiar.

En este orden de ideas, cito nuevamente a Di Lascio quien me ha ofrecido varias ideas esclarecedoras sobre lo que realmente es, o debería ser, la política hoy en día. Me permito compartir sus ideas, como pinceladas de un cuadro aún sin terminar, pero que abren la posibilidad a una reflexión más profunda sobre el tema. De acuerdo con Di Lascio:

La política es el ejercicio del discernimiento y de la elección de los mejores caminos para que todos alcancemos una vida mejor (...) Es un diálogo en el cual gobernar quiere decir interpretar las posibilidades de la libertad y ayudar a que estas se realicen. (...) Es ese gran amor que algunos sujetos tienen por dedicar su vida a que otros logren lo que están llamados a lograr. (...) La esencia de la vocación política consiste en llevar a la sociedad al mejor modelo de convivencia compartida y por ello no se parte del sujeto, sino de la comunidad. Es ella la que debe buscar las maneras de concretar este ideal. Y la comunidad puede ser el barrio, la región, la ciudad, la provincia, la nación.

Desde mi punto de vista, son ideas revolucionarias, en el mejor sentido de la palabra. Pero lo mejor es que éstas no son ideas aisladas, ni surgidas en un momento de emoción, sino que son compartidas por muchos, desde hace ya algunos años, en diversos lugares del mundo, especialmente por personas de diferentes culturas, credos y hasta filiaciones políticas, que hacen parte de un movimiento internacional llamado Movimiento Político Por la Unidad (MPPU), que vio la luz en Italia en el año de 1997 y que hoy tiene representantes en muchas naciones, en los cinco continentes. Además, estas ideas han sido el motor de proyectos concretos que, sin hacer ruido, están transformado la realidad de muchas personas desfavorecidas o en condición de vulnerabilidad, en diversos países en vía de desarrollo.

De la mano de esta nueva forma de entender la política, en el Movimiento Político por la Unidad han surgido varias ideas que sustentan este paradigma de la política como una vocación de servicio. Entre las ideas más relevantes que han emanado de las reflexiones al interior de este movimiento, están: una política del bien común, la fraternidad como categoría política y la ciudadanía activa. No es que estas sean ideas exclusivas de los miembros del MPPU, pero es cierto que han trabajado –y siguen trabajando– arduamente por ponerlas sobre la mesa como temas de urgente actualidad. Igualmente, es importante señalar que no son las únicas ideas surgidas al interior de este movimiento transversal y transnacional, sin embargo, son las que quiero exponer en esta ponencia.

La política del bien común, es en realidad ir a la esencia de la política misma, pues como lo anota Di Lascio, *“La política es el ejercicio del discernimiento y de la elección de los mejores caminos para que todos alcancemos una vida mejor”*. Esto complementa muy bien la idea de Badiou y Troung (2012), citada anteriormente, ya que, uniendo los dos pensamientos, podemos entonces decir que el ejercicio de la verdadera política adquiere sentido cuando los sujetos se organizan, piensan y deciden en aras de buscar los caminos para construir el bien de la comunidad, o, dicho de otra manera, buscar lo que es mejor para todos, no solo para unas personas o para un grupo en particular.

Cabe anotar que la idea del bien común, realmente no es algo nuevo, sino que tiene sus orígenes en el liberalismo clásico europeo, para el cual el ejercicio de la política revestía un “deber moral” e implicaba “el compromiso social” (Sanmartín, 2006, 128). Ahora bien, haciendo eco de las ideas filosóficas y políticas del pensador británico John Stuart Mill, Sanmartín (2006, 133), subraya, entre otros aspectos, que “la consecución del bien común —o, en su defecto, de un mayor o menor grado de aproximación al ideal— dependerá también de la calidad de nuestra preparación integral y de la cultura política”. Esta idea pone de relieve que una política del bien común requiere de personas no solo comprometidas con la comunidad, sino educadas y pensantes. Educadas en el sentido de poseer conocimientos sobre diversos temas (incluido la política, por supuesto) y una cultura general; y pensantes, en el sentido que deben tener un pensamiento crítico y complejo suficientemente desarrollado como para entender la complejidad de las problemáticas sociales y poder proponer y ejecutar soluciones razonables (sensatas, sustentables, objetivas) y eficaces para toda la comunidad.

En cuanto a la fraternidad como categoría política, quizá conviene comenzar por decir, con Antonio Maria Baggio (2007), que el concepto de fraternidad es bastante complejo, “difícilmente traducible”, sobre todo cuando quiere aplicarse al campo del derecho y, en general, de la política. Pero, la fraternidad es también “un argumento abierto” (Baggio, 2007, 156). Si nos detenemos a observar detenidamente los diversos acontecimientos históricos que han tenido lugar en estas dos primeras décadas del siglo XXI, advertimos

—quizá unas personas más que otras— que dichos acontecimientos (sociales, económicos, políticos, ambientales) nos interpelan y nos llaman a pensar, más que nunca, en el carácter político de la fraternidad. Sobre este punto, Estrach (2018, 46) hace notar que, en sus albores, en los años de la Revolución Francesa, la fraternidad surgió como una necesidad colectiva, una necesidad del pueblo para hacer frente al “poder dominante que establecía relaciones de desigualdad y sometimiento, degradando así la propia naturaleza humana” y se convirtió en “una fuerza centrífuga transformadora del orden económico, social y político”, que es justamente lo que necesitan, con urgencia, todas las naciones de América Latina, y no solo estas, en realidad lo necesitan y lo reclaman todas las naciones, en los cinco continentes.

Jordi Riba (2018), añade a lo anterior que “la idea de fraternidad no sólo representa un estadio de la evolución humana, sino la conciencia misma de una condición que libre de los grandes dogmas, toma conciencia de su estado de soledad esencial, compartida con el resto de la humanidad”. De nuevo, la fraternidad hace su aparición como una necesidad compartida por todos los seres humanos. Me lanzo a afirmar, con base en esta idea, que o nos juntamos, nos encontramos y nos vemos como hermanos, o finalmente nos hundimos. Si nos detenemos en este pensamiento y lo rumiamos —como diría Habermas—, podemos avizorar el carácter político de la fraternidad, y entender que ella es el mejor camino para construir sociedades inclusivas, en las que “todos alcancemos una vida mejor”.

Para redondear estas ideas, me permito traer a colación un párrafo de Puyol (2018b) que dice así:

El ideal público de fraternidad se define como un *vínculo* y una *relación* entre los miembros de una comunidad humana que les impele a vivir como *iguales* y a *ayudarse mutuamente* en caso de necesidad. El ideal de fraternidad se convierte en *político* cuando tiene implicaciones políticas, es decir, cuando se convierte en guía de las prácticas, leyes e instituciones políticas. En su sentido político, la fraternidad contiene una llamada a la *emancipación*, en todos los ámbitos de la sociedad, de todos los individuos que forman o deberían formar parte de la comunidad fraterna.

En tercer lugar, está la idea de una ciudadanía activa, que como bien se puede entender se traduce en ejercer nuestra ciudadanía como sujetos políticos que desean actuar, organizarse, pensar y decidir sobre los problemas de su comunidad. Esta idea no excluye a quienes ostentan cargos públicos, de hacer lo que les corresponde, más bien, se trata de trabajar, codo a codo con ellos, con los políticos, sean del partido que sean. En relación con este aspecto, Di Lascio afirma que “el MPPU quiere acercar al joven al universo de la política, pero desde la óptica de la unidad, como un nuevo paradigma, para que él se descubra como ciudadano, como actor político, como responsable de sus derechos [y deberes], como constructor de su ciudad”. Es decir, la idea es formar a las personas para que tomen conciencia de su papel en el mundo político y pongan en práctica una ciudadanía activa, la cual no busca luchar contra los políticos, sino trabajar con ellos en pro del bien común, buscando y generando soluciones para los problemas de una comunidad determinada.

Sobre este tema, el profesor Antonio Bolívar (2016) llama la atención sobre la importancia de educar en y para la democracia a fin de formar personas que sean conscientes de su papel como ciudadanos, esto es, como miembros de una comunidad y que como tales tienen unos derechos y unos deberes. La democracia adquiere su verdadero sentido en la medida que hay “una participación activa de la ciudadanía”.

Como dije anteriormente, estas ideas que he expuesto hasta aquí, han dado lugar a acciones concretas en muchos países del mundo. Así, de la mano del MPPU, y de otras ONG, han surgido proyectos de gran envergadura como United World Project y DareToCare, o las Escuelas de Formación Política en Argentina y la Red Universitaria para el Estudio de la Fraternidad que nació en Argentina, pero luego se expandió a varios países de América Latina. Por otra parte, quiero destacar que, a comienzos de este año, el MPPU, en su sitio web internacional, lanzó una campaña mundial invitando a reflexionar sobre “una nueva calidad de la política”, a partir de cinco ideas principales:

- *Repensar el “pensamiento” de la política, su máxima dignidad*
- *Repensar el estilo de hacer política, el “cómo”*
- *Repensar las “dimensiones” prioritarias de la política actual*

- *Repensar la respuesta, la orientación de la política a las “heridas” de la sociedad – #daretocare*
- *Repensar las “relaciones”, personales e institucionales, locales e internacionales.*

En el caso particular de Colombia, han surgido varios proyectos que tienen como fin promover el diálogo fraterno entre ciudadanos activos y diferentes actores políticos, sin distinción de credo, raza o ideologías. Por ejemplo, en Quimbaya existe una Escuela de Formación Política en Clave de fraternidad que ya ha dado pie a proyectos concretos de transformación social. Por otro lado, recientemente, con ocasión de la celebración de la Semana Mundo Unido, un grupo de jóvenes interpelados por toda la situación que está viviendo el país abrieron un *patlet*⁴ en el que todos los que quieran pueden aportar sus ideas, respondiendo a tres preguntas puntuales, o compartiendo videos o imágenes que transmitan esperanza.

En síntesis, sí hay salidas a la crisis actual, pero es necesario ponerse en marcha desde ya, sin esperar que venga un líder salvador que nos encamine por la ruta correcta, uno de los grandes errores políticos de los pueblos latinoamericanos. Las circunstancias actuales nos invitan a ejercer un liderazgo solidario, participativo y fraternal. Un primer paso sería tomar conciencia de que todos somos agentes políticos, que la indiferencia hacia estos temas nos perjudica a todos por igual, y que depende de nosotros fortalecer la democracia en su sentido más pleno.

A modo de corolario, dejo la inquietud sobre algunas ideas que deberíamos llevar a la práctica en el corto y mediano plazo: necesitamos urgentemente, al menos en Colombia, enseñar a pensar, especialmente a los más vulnerables; necesitamos, urgentemente, aprender a dialogar; necesitamos, urgentemente, unirnos como ciudadanos y crear "asambleas ciudadanas" proactivas; necesitamos, urgentemente, conocer, a fondo, nuestra realidad para poder así plantear soluciones efectivas. Necesitamos, urgentemente, entender que somos diferentes, y no tenemos que pensar, todos, de la misma manera para construir

⁴ Se puede consultar y contribuir al debate en: <https://padlet.com/JMUColombia/vpsmyjq4ujh2h62x>

un país mejor. Un camino posible, con grandes perspectivas es hacer el ejercicio de un diálogo amplio en clave de fraternidad.

Referencias

- Baggio, A. M. (2007). Fraternidad y reflexión politológica contemporánea. En: Baggio, A. M., Orrego, C., Salvat, P. y Vatter, M. (ponentes) Seminario “Libertad, Igualdad, ¿Fraternidad?” *Revista de Ciencia Política* (27) 1, 133-157.
- Badiou, A. y Truong, N. (2012). *Elogio del amor*. Buenos Aires: Paidós.
- Estrach M., N. (2018) La eficacia política de la fraternidad. *Daimon. Revista Internacional de Filosofía, Suplemento 7*, 45-57. <http://dx.doi.org/10.6018/daimon/334041>
- Kohan, W. (2020) *Paulo Freire más que nunca: una biografía filosófica*. Buenos Aires: Clacso.
- MPPU (s/f). Página web oficial del Movimiento Político Por la Unidad: <http://www.mppu.org/es/>
- Puyol, A. (2018a). Libertad, igualdad, ¿fraternidad? *Daimon. Revista Internacional de Filosofía. Suplemento 7*, 5-9. <http://dx.doi.org/10.6018/daimon/337791>
- Puyol, A. (2018b). Sobre el concepto de fraternidad política. *Daimon. Revista Internacional de Filosofía. Suplemento 7*, 91-106. <http://dx.doi.org/10.6018/daimon/333811>
- Riba, J. (2018). Fraternidad, metáfora y democracia. *Daimon. Revista Internacional de Filosofía, Suplemento 7*, 165-174. <http://dx.doi.org/10.6018/daimon/333911>
- Sanmartín, J. (2006). El bien común como idea política. John Stuart Mill, los liberales y sus críticos. *Foro Interno* (6), 125-153.